

CAPITULO XVIII

El doctor Gilberto.

En tanto que el pueblo se precipitaba en los patios de la Bastilla, rugiendo de alegría y de cólera á la vez, dos hombres se zabulleron, como hemos indicado, en el agua cenagosa de los fosos.

Eran Pitou y Billot.

Pitou se agarró á Billot, que estaba atolondrado por la caída. Les tendieron cuerdas desde el borde del foso, y Pitou echó mano á una y Billot á otra.

Cinco minutos despues eran conducidos en triunfo y besados par todo el mundo, aunque estaban llenos de fango.

Uno dió á Billot un trago de aguardiente; otro hartó á Pitou de salechichon y de vino.

Otro les limpió el barro, restregándoles con un pañuelo, y los llevó al sol para que se secasen.

De repente brilló como un relámpago en la imaginacion de Billot una idea, ó por mejor decir, un recuerdo; se escapó de entre las manos de los que le abrazaban, y se dirigió hácia la Bastilla.

— ¡Salvemos á los prisioneros! gritó corriendo hácia la puerta; ¡los prisioneros!

— ¡Si, sí, salvemos á los prisioneros! gritó tambien Pitou, echando á correr detrás del colono.

La multitud, que hasta entónces no se habia acordado mas que de los verdugos, se estremeció al acordarse de las victimas.

Repitió con un sólo grito:

— ¡A salvar á los prisioneros!

Y rompiendo los diques, parecia que ensanchaba las paredes de la fortaleza, llevando consigo á la libertad.

Entónces se presentó á los ojos de Billot y de Pitou un espectáculo terrible. La multitud, embriagada de cólera rabiosa, enfurecida, entró en el primer patio, é hizo pedazos

al primer soldado que encontró á su paso. Gonchon lo contemplaba en silencio. Sin duda creia que la cólera del pueblo es como la corriente de los grandes rios, que causa mas estragos cuando se trata de detenerla que cuando se la deja ir libremente.

Elias y Hullin, por el contrario, rogaban á la multitud y la suplicaban diciendo (¡sublime mentira!) que habian prometido salvar la vida á la guarnicion.

Billot y Pitou llegaron tambien á prestarles ayuda.

Billot, á quien la multitud creia muerto, y cuya muerte intentaba vengar, se presentaba vivo, no tenia herida alguna. La tabla habia dado una vuelta bajo sus pies; él se habia bañado en el cieno y habia salido del foso enteramente ileso.

Los suizos habian tenido tiempo de ponerse sus capotones de paño pardo, y aunque la multitud queria buscarlos, no daba con ellos, porque parecian criados de la casa.

La multitud rompió á pedradas las manecillas del reloj que habia en el patio.

Subió á lo alto de las torres á insultar á aquellos cañones que habian lanzado la muerte.

Se agarraba á las piedras de la fortaleza y se ensangrentaba las manos, queriendo arrancarlas de su sitio.

Quando vieron aparecer á los primeros vencedores en la plataforma, todos los que se hallaban fuera, es decir, cien mil hombres lanzaron un espantoso grito.

Este grito se elevó sobre París, y voló por toda la Francia coma una águila de rápidas alas.

¡Ya se tomó la Bastilla!

Al oir este grito todos los corazones palpitaron, todos los ojos se llenaron de lágrimas, todos los brazos se estendieron para abrazarse unos á otros. Ya no hubo partidos, no hubo razas enemigas; todos los parisienses conocieron que eran hermanos, y todos los franceses comprendieron que eran libres.

Un millon de hombres se dieron un mútuo abrazo.

Billot y Pitou entraron en la Bastilla, no á participar del triunfo, sino á dar libertad á los prisioneros.

Al atravesar el patio del gobernador, pasaron junto á un hombre vestido de negro que contemplaba á la multitud con serenidad y con la mano apoyada en el puño de oro de su espada.

Era el gobernador, que aguardaba tranquilamente á que sus amigos le salvarsen, ó á que le matasen sus enemigos.

Billot, al verle, le conoció, dió un grito y se dirigió hácia él.

Launay le conoció tambien. Se cruzó de brazos y dirigió á Billot una mirada como diciéndole; « ¿Sereis vos el que me matareis? »

Comprendió Billot aquella mirada y se detuvo.

— Si le hablo una palabra, se dijo á sí mismo, van á conocerle; y si le conocen, muere de seguro.

¿Pero cómo hallar al doctor Gilberto en medio de aquel laberinto? ¿Cómo arrancar á la Bastilla el secreto encerrado en sus entrañas?

Launay comprendió tambien por su parte aquella duda y aquel escrúpulo heroico.

— ¿Qué quereis? preguntó en voz baja á Billot.

— Nada, dijo Billot, señalándole con el dedo la puerta como para indicarle que la fuga era imposible: nada. Yo sabré buscar al doctor Gilberto.

— Tercer Bertoudiere, respondió Launay, con acento dulce y casi enternecido.

Y permaneció quieto en el mismo sitio.

De pronto una voz pronunció estas palabras:

— ¡Ah! ¡ese es el gobernador!

Aquella voz sonó tranquila y serena como si no fuera de este mundo; pero, no obstante, se conocia que cada palabra pronunciada era un puñal acerado que penetraba en el pecho de Launay.

El que habia hablado era Gonchon.

Al oír estas palabras que resonaron como el eco de una campana de rebato, todos aquellos hombres, ébrios de venganza, lanzaron una mirada de fuego, divisaron á Launay y se precipitaron sobre él.

— Salvadle la vida... dijo Billot á Elías y Hullin.

— Ayudadnos, respondieron los dos.

— Tengo tambien que salvársela á otro, dijo Billot.

Launay, en un abrir y cerrar de ojos, fué arrastrado por la multitud.

Elías y Hullin siguieron detras, gritando:

— ¡Alto! ¡le hemos prometido la vida!

No era verdad; pero aquella mentira sublime salió á la vez de aquellos dos nobles corazones.

En un segundo desapareció Launay, seguido de Elías y Hullin, por una puerta falsa de la Bastilla, enmedio de los gritos repetidos de « ¡Al Hotel de Ville, al Hotel de ville! »

El gobernador valia tanto para algunos de los vencedores como la misma Bastilla.

En cuanto á lo demas, era un extraño espectáculo el que presentaba aquel sombrío y silencioso edificio, invadido por el pueblo que corria de patio en patio, subia y bajaba por las escaleras, zumbando como un enjambre de abejas dentro de aquella colmena de granito.

Billot siguió un instante con la vista á Launay, que en seguida desapareció.

Billot dió un suspiro, miró en derredor de sí, vió á Pitou, y echó á correr hácia la torre, gritando:

— Tercer Bertoudiere, dijo Billot.

— Por aquí, señor, dijo el carcelero; pero yo no tengo las llaves.

— ¿Quién las tiene?

— Me las han robado.

— Ciudadano, dejadme esa hacha; dijo Billot á un hombre del pueblo.

— Tómala, respondió este, porque ya no me hace falta.

Billot cogió el hacha y subió por una escalera guiado por el carcelero, que se detuvo delante de una puerta.

— ¿Tercer Bertoudiere? preguntó.

— Sí.

— Aquí es.

— ¿El preso que está en este calabozo, se llama el doctor Gilberto?

— Yo no sé.

— ¿Hace cinco ó seis dias nada mas que vino aqui?

— Yo no sé.

— ¡Pues bien! dijo Billot, yo lo averiguaré.

Y empezó á dar hachazos sobre la puerta.

Era de encina; pero á los golpes de Billot, la encina caia convertida en pedazos.

Al instante quedó abierto un boquete por donde se podia ver lo que pasaba en lo interior.

Billot se asomó á la abertura y dirigió su vista al hondo del calabozo.

Alumbrado por un rayo de luz que penetraba en el fondo de la prision por la claraboya de la torre, estaba un hombre en pie, con un travesaño de la cama en la mano en actitud de defensa.

A pesar de su crecida barba, de su rostro pálido y de sus cabellos cortados, le conoció Billot; era el doctor Gilberto.

— ¡Doctor! ¡doctor! gritó Billot; ¿sois vos?

— ¿Quién me llama? preguntó el prisionero.

— Yo, yo, Billot; vuestro amigo.

— ¿Billot?...

— ¡Sí, sí, él es! y nosotros tambien, gritaron veinte hombres que se habian detenido en la escalera al ver los terribles golpes que daba Billot.

— ¿Y vosotros, quiénes sois?

— ¡Nosotros somos los vencedores de la Bastilla! La Bastilla ha sido tomada á viva fuerza; estais ya libre.

— ¡Libre! exclamó el doctor lleno de alegría.

Y cogiendo la puerta por la abertura con las manos, la dió tan fuertes sacudidas, que iban ya á saltar los goznes y las cerraduras; pero el pedazo de madera á que se habia agarrado, dió un crugido, se rompió y se quedó en las manos del doctor.

— Aguardad, aguardad, dijo Billot, porque conoció que si hacia otro esfuerzo como el anterior, se quedaria el doctor postrado y sin fuerzas.

¡Aguardad!

Y volvió á descargar fuertes hachazos sobre la puerta.

En efecto, á través de la abertura, que iba agrandándose cada vez mas, pudo ver al preso que cayó y se quedó sentado en un sillón, pálido como un espectro.

— ¡Billot! ¡Billot! murmuró en voz baja.

— ¡Sí, sí! y yo tambien, señor, yo tambien; yo soy Pitou; ¿no os acordais de aquel pobre Pitou que dejásteis pensionado en casa de la tia Angélica? Pues es este que viene tambien ahora á daros la libertad.

— Ya basta, dijo el doctor á Billot; ya puedo salir por ese agujero.

— ¡No no! exclamaron todos; esperad un momento.

Todos los presentes reunieron sus fuerzas en un comun estuerzo, unos moviendo palancas entre la pared y la puerta, otros tratando de hacer saltar la cerradura, y otros, en fin, empujando con sus robustos hombros y sus manos crispadas; por último, la madera dió el último crugido; un paredon cayó á tierra, y todos á una por la puerta rota y la pared desportillada, se precipitaron como un torrente en lo interior del calabozo.

Gilberto se encontró al cabo de un instante en los brazos de Billot y de Pitou.

Gilberto, el aldeano de Taverney, á quien dejamos bañado en su sangre en una gruta de las Azores, era ya un hombre de treinta y cuatro á treinta y cinco años, pálido, de cabellos negros, ojos fijos y hundidos; jamás su mirada se perdía en las olas, ni andaba errante por el espacio, y aunque no se fijase en ningun objeto exterior, digno de llamar su atencion, se fijaba en su propio pensamiento, y entónces se mostraba mas sombría y profunda. Su nariz era bien formada, uniéndose á la frente por una linea recta; su labio superior desdeñoso, dejaba ver de vez en cuando el blanco esmalte de sus dientes.

Generalmente su traje era sencillo y severo como el de un cuáquero; pero su severidad rayaba ya en la elegancia por su estremada limpieza. Su estatura era mas bien alta que baja, y en cuanto á su fuerza, en extremo nerviosa, ya hemos visto de lo que era capaz en un momento de cólera ó de entusiasmo.

Aunque estaba metido en un calabozo hacia ya cinco ó seis días, el preso había cuidado como siempre de su persona; su barba, algo larga, hacia resaltar á mas y mas el mate de su cutis, é indicaba solo la negligencia propia de un prisionero.

Después de abrazar á Billot y á Pitou, se volvió hácia la multitud que llenaba el calabozo.

Después, como si en un solo instante hubiera podido dominarse á sí mismo,

— Llegó ya el día que yo había previsto, dijo: gracias á vosotros, amigos míos, gracias al eterno genio que vela sobre la libertad de los pueblos.

Y extendió sus dos manos hácia la multitud, que conociendo por la altivez de su mirada y por la dignidad de su voz que era un hombre superior, se quedó muda en su presencia y llena de respeto.

En seguida salió de su calabozo y se puso á la cabeza de todos, apoyado en el brazo de Billot y seguido de Pitou y de sus libertadores.

Gilberto dedicó el primer momento á la amistad y á la gratitud, y el segundo á establecer la distancia que existía entre el aldeano y el doctor, el bueno de Pitou y toda aquella multitud que le seguía.

Cuando llegó á la puerta, Gilberto se detuvo al ver la luz del cielo que le inundaba. Cruzó los brazos sobre su pecho, y alzando los ojos al cielo, dijo:

— ¡Salud, hermosa libertad! yo te ví nacer en otro mundo y somos ya antiguos amigos. ¡Salud, hermosa libertad!

Y la sonrisa del doctor demostraba que no era cosa nueva para él aquellos gritos que oía pronunciar á todo un pueblo hidrópico de independencia.

Después de algunos instantes de silencio.

— Billot, dijo, el pueblo ha vencido al despotismo.

— Sí, señor doctor.

— ¿Y también vos os habeis venido á batir?

— He venido á libertaros.

— Pues qué, ¿sabíais que me encontraba preso?

— Vuestro hijo me lo dijo esta mañana.

— ¡Pobre Emilio! ¿Le habeis visto?

— Le he visto.

— ¿Estaba á gusto en el colegio?

— Le he dejado queriendo escaparse de entre las manos de cuatro enfermeros.

— ¿Está enfermo? ¿Tiene delirio?

— Quería venir á batirse con nosotros.

— ¡Ah! exclamó el doctor, y una sonrisa de triunfo asomó á sus lábios.

Su hijo correspondía á sus esperanzas.

— Con que dijisteis... preguntó á Billot.

— Dije, le interrumpió este; puesto que el doctor Gilberto está en la Bastilla, tomemos la Bastilla. La Bastilla ya está tomada; pero esto no es todo.

— ¿Pues qué mas? preguntó el doctor.

— Que la cajita ha sido robada.

— ¿La cajita que yo os entregué?

— Sí.

— ¿Y quién os la ha robado?

— Dos esbirros que entraron en mi casa bajo el pretexto de buscar vuestros folletos, me cogieron, me encerraron en un cuarto, registraron la casa y se llevaron la cajita.

— ¿Qué día sucedió eso?

— Ayer.

— ¡Oh! ¡oh! Hay una coincidencia estraña entre mi prision y el robo de la caja. La misma persona que me ha hecho prender es la que ha robado la cajita. Si yo averiguo el autor de mi prision, sabré también cuál es el autor del robo.

— ¿Dónde están los archivos? preguntó Gilberto después de un momento de silencio, volviéndose hácia el carcelero.

— En el patio del Gobernador, contestó este.

— Vamos á los archivos, amigos, dijo el doctor.

— Señor, dijo el carcelero deteniéndose; dejad que os siga ó haced que estos hombres no me hagan nada.

— Bueno, dijo Gilberto.

Y volviéndose hácia la multitud que le rodeaba contemplándole con una curiosidad llena de respeto,

— Amigos míos, dijo; este hombre es un valiente; cumplía con su deber abriendo y cerrando puertas, pero era compasivo con los prisioneros; no se le haga daño alguno.

— No, no, gritaron todos; no, que no tema, que venga con nosotros.

— Gracias, señor, dijo el carcelero; pero si quereis registrar los archivos, daos prisa, porque temo que ardan los papeles.

— ¡Oh! exclamó Gilberto; entónces no hay que perder un solo instante: ¡vamos á los archivos!

Y se dirigió hácia el patio del Gobernador, llevando tras sí á la multitud, delante de la cual iban siempre Billot y Pitou.

CAPITULO XIX.

El triángulo.

En la sala de los archivos estaba ardiendo efectivamente un gran número de papeles.

Desgraciadamente, una de las primeras necesidades del pueblo, despues de la victoria, es la destruccion.

El archivo de la Bastilla habia sido invadido por la multitud.

Era una vasta sala, llena de planos y de registros; allí se hallaban confusamente amontonados los legajos y los asientos de todos los prisioneros que hacia cien años habian sido encerrados en la Bastilla.

El pueblo quemaba estos papeles, porque le parecia sin duda, que haciendo arder los registros de la carcel, daba tambien libertad á los presos.

Entró Gilberto, y ayudado por Pitou, se puso á hojear los registros que quedaban en los armarios: faltaba el del año corriente á la sazón.

El doctor, aquel hombre impasible y frio, palideció y pegó una patada en el suelo dando muestras de impaciencia.

En aquel momento, Pitou divisó á uno de esos heróicos pilluelos que siempre toman parte en las victorias populares, el cual llevaba colocado encima de la cabeza, un libro semejante á los que hojeaba el doctor Gilberto, y se dirigia corriendo á arrojarlo al fuego.

Pitou echó á correr detrás de él, y como tenia las piernas largas, le alcanzó en seguida.

Era el registro del año 1789.

Pitou se dió á conocer al muchacho como uno de los principales vencedores de aquella refriega; le explicó la necesidad que tenia un preso de examinar aquel registro, y el pilluelo se lo entregó, diciendo para consolarle:

— Bueno..... quemaré otro.

Pitou abrió el registro; buscó, hojeó, leyó, y en la última página encontró escritas estas palabras:

« Hoy 9 de julio de 1789, ha entrado el señor G..., filósofo y publicista muy peligroso; que se le encierre en el calabozo mas recóndito. »

Inmediatamente Pitou llevó el registro al doctor.

— Aquí teneis, señor Gilberto; ¿no es esto lo que buscais?

— ¡Oh! exclamó el doctor arrebatando el libro de entre las manos de Pitou; ¡sí, este es!

Y leyó las palabras que ya hemos indicado.

— Veamos por quien está firmada la orden, dijo despues.

Y leyó al márgen: Necker.

— ¡Necker! exclamó; ¡la orden de que se me prenda firmada por Necker, que es amigo mio! ¡Oh! seguramente se encierra aquí algun secreto.

— ¿Es amigo vuestro Necker? preguntó la multitud con respeto, por que es sabida la influencia que ejercia este nombre entre la gente del pueblo.

— Sí, sí; amigos míos, dijo el doctor, y estoy conven-

cido de que Necker ignoraba que yo estaba preso : pero iré á verle, y...

— ¿Y á dónde? preguntó Billot.

— A Versalles.

— Mr. Necker no está en Versalles; ha salido desterrado.

— ¡Desterrado! ¿á dónde?

— A Bruselas.

— ¿Y su hija, dónde está?

— ¡Ah!... yo no sé, dijo Billot.

— Su hija vive en la casa de campo de Saint-Ouen, dijo una voz entre la multitud.

— Gracias, exclamó Gilberto, sin saber á quien se las daba.

Y volviéndose hácia los que quemaban los papeles del archivo,

— Amigos míos, les dijo; en nombre de la historia, que podrá hallar mañana en estos archivos la condenación de los tiranos, no más devastación, os lo suplico; demoled la Bastilla piedra á piedra; que no quede rastro ni vestigio de ella, pero respetad los papeles, respetad los archivos, porque en ellos está la luz del porvenir.

Apenas oyó estas palabras la multitud, con su suprema inteligencia dejó de arrojar al fuego los papeles del archivo.

— Tiene razón el doctor, gritaron más de cien voces; no más exterminio. Al Hotel de Ville con los papeles.

Un bombero que había entrado en el patio con cuatro ó cinco de sus compañeros, conduciendo una bomba, dirigió el cañón hácia el fuego que estaba ardiendo junto á una ventana, y le apagó.

— ¿Y por quién habeis sido acusado? preguntó Billot.

— ¡Ah! eso es precisamente lo que busco y no hallo, contestó el doctor; el nombre está en blanco.

Y después de un instante de reflexión.

— Pero yo lo sabré, añadió.

Arrancó del libro la hoja en que estaba apuntado su registro, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

Y dirigiéndose á Billot y á Pitou,

— Amigos míos, les dijo; salgamos; aquí ya nada nos queda que hacer.

— Salgamos, pues, dijo Billot, aunque es más fácil decirlo que ejecutarlo.

En efecto, la multitud que entró en los patios por curiosidad, fluía hácia la entrada de la Bastilla, cuyas puertas estaban llenas de gente, porque se encontraban allí los otros presos que habían sido también puestos en libertad. Ocho fueron, incluso el doctor Gilberto.

Se llamaban :

Juan Bechade, Bernard Laroche, Juan Lacaurége, Antonio Pujade, Withe, el conde de Solage, y Tavernier.

Los cuatro primeros habían sido acusados de haber falsificado una letra de cambio, sin que jamás hubiera podido probarseles, lo que inducía á creer que era falsa la acusación : hacia dos años solamente que estaban encerrados en la Bastilla.

Los otros tres, como hemos dicho, eran el conde de Solage, Withe y Tavernier.

El conde de Solage era un hombre de unos treinta años, lleno de alegría y de franqueza; abrazó á sus libertadores, alabó la victoria y contó su cautividad. Preso en 1782 y encerrado en Vincennes en virtud de una orden de prisión obtenida por su padre, había sido llevado de Vincennes á la Bastilla, donde estaba hacia ya cinco años sin haber visto un solo juez y sin que se le tomara declaración; dos años hacia que había muerto su padre, y nadie se acordó de él. Si no hubiera sido tomada la Bastilla, probablemente hubiera sucedido lo mismo hasta su muerte.

Withe era un anciano de sesenta años; pronunciaba con acento extranjero palabras incoherentes. A las preguntas que se le dirigían, contestaba que ignoraba el tiempo que hacía que se hallaba preso, y la causa por que se prendió. Solo se acordaba de que era primo de Mr. de Sartines. Un llavero de la Bastilla llamado Guyon, vió una vez á Mr. de Sartines entrar en el calabozo de White y hacerle firmar un papel, pero el

prisionero no se acordaba tampoco de esta circunstancia.

Tavernier era el mas anciano de todos; habia pasado diez años de reclusion en las islas de Santa Margarita, y treinta de cautividad en la Bastilla; era un viejo de noventa años, con los cabellos y la barba blanca. Sus ojos estaban casi apagados por la oscuridad, y ya no veia sino á través de una nube. Cuando entró el pueblo en su calabozo, el pobre preso no comprendió lo que pasaba; le hablaron de libertad, y meneó á un lado y á otro la cabeza y despues cuando le dijeron que habia sido tomada la Bastilla, exclamó:

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¿qué dirán de esto el rey Luis XV, Mad. de Pompadour, y el duque de la Vrilliere?

Tavernier no era loco, sino idiota como White.

La alegría de estos hombres era terrible porque pedia venganza. Dos ó tres parecian próximos á dar el último aliento en medio de aquel tumulto, al oír los gritos de la multitud, pues nunca habian escuchado desde que entraron en la Bastilla, mas voz humana que la suya, y estaban únicamente acostumbrados á oír el ruido lento y misterioso de la madera que cruge con la humedad, de la araña que sin ser vista teje su tela produciendo un sonido semejante al de una péndola invisible, ó del raton que roe las paredes ó corre asustado por el calabozo.

Cuando se presentó allí el doctor Gilberto, la multitud entusiasmada se proponia conducir en triunfo por las calles á los presos de la Bastilla.

Gilberto hubiera querido escaparse de esta ovacion que se le preparaba, pero no habia remedio; le habian ya conocido, y tambien á Billot y á Pitou.

Resonaron los gritos de *¡al Hotel de Ville! ¡al Hotel de Ville!* y Gilberto fué conducido en los hombros de mas de cien personas á la vez.

En vano quiso resistirse y en vano Billot y Pitou repartieron sentidos puñetazos á sus compañeros de armas; el gozo y el entusiasmo habian endurecido la epidermis popular.

Así, que no tuvo mas remedio el doctor Gilberto, que dejarse levantar en el pavés.

El pavés era una tabla en cuyo centro se veia clavada una lanza para que sirviese de apoyo al triunfador.

El doctor dominó aquel océano de cabezas que ondeaba desde la Bastilla hasta el arco de San Juan, mar lleno de tempestades, cuyas olas arrastraban entre picas, bayonetas y armas de todas clases á los presos triunfantes.

Pero en medio de este océano irresistible, rodaba tambien otro grupo tan unido y compacto que parecia una isla. Este grupo era el que conducia preso á Launay, gobernador de la Bastilla.

Oíanse en su derredor gritos no menos acalorados y entusiastas que los que se oían en derredor de los presos que eran conducidos en triunfo. Pero no eran gritos de triunfo, sino amenazas de muerte.

Gilberto desde la altura en que se encontraba, observó este terrible espectáculo.

Solo él, entre todos los presos á quienes se acababa de dar libertad, gozaba de toda la plenitud de sus facultades. Cinco dias de prision no eran mas que un punto oscuro en su brillante vida. Sus ojos no se habian cegado ni debilitado en tan poco tiempo con la oscuridad de la Bastilla.

Generalmente el combate no hace desapiadados á los combatientes, si no el tiempo que dura. Los hombres en general cuando salen de la batalla en que acaban de arriesgar su vida, están llenos de misericordia hácia sus enemigos.

Pero en estos grandes tumultos populares que ha visto la Francia desde la *Jacquerie* hasta nuestros dias, las gentes del pueblo que por miedo han estado sin tomar parte en el combate y á quienes el ruido ha entusiasmado, feroces y cobardes á la vez, quieren despues de la victoria tomar parte en la lucha que no se han atrevido ni á presenciarse.

Su combate es la venganza.

Desde que salió de la Bastilla, el gobernador iba caminando hácia su suplicio.

Elias, que se habia hecho responsable á sí mismo de la vida del gobernador, caminaba delante protegido por su uniforme y por la admiracion del pueblo que le habia visto lidiando el primero contra la Bastilla. Llevaba en la mano su espada, y en la punta atravesado el papel que Mr. Launay habia mostrado al pueblo por una de las troneras de la Bastilla, y que le habia entregado á él Maillard, el ugiere del Chatelet.

Detrás venia el conserje de la Bastilla con las llaves de la fortaleza; en seguida Maillard con la bandera en la mano, y despues un jóven que iba enseñando á todo el mundo el reglamento de la Bastilla, roto á bayonetazos; odioso rescripto que habia hecho derramar tantas lágrimas á tantos infelices.

Por último, venia el gobernador protegido por Hullin y otros dos ó tres, pero amenazado por la multitud.

Junto á este grupo, y casi paralelo á él, se distinguía en la gran calle de San Antonio otro no menos aterrador, que era el que conducia al mayor Mr. de Losme, que hemos visto se opuso á la voluntad del gobernador en defender la Bastilla.

Losme era un jóven de buen corazon. Mucho habia sufrido desde que entró en la Bastilla, pero el pueblo lo ignoraba. El pueblo le habia cogido con las armas en la mano, y por su magnífico uniforme, creian los que le rodeaban que él era el gobernador.

Este fué el espectáculo que dominaba Gilberto con su mirada sombría, con aquella mirada siempre fija y observadora, aun en medio de los mayores peligros en que se encontrase.

Hullin al salir de la Bastilla, habia llamado en su ayuda algunos amigos suyos de confianza y de gran abnegacion, valerosos soldados del pueblo en aquella jornada, y cuatro ó cinco habian respondido á su llamamiento, prometiendo ayudarle á salvar la vida del gobernador.

Eran tres hombres cuyo recuerdo es sagrado en la historia, que se llamaban Arné, Chollat y Lepine.

Intentaban estos nada menos que defender la vida de un hombre cuya muerte pedia á gritos la multitud enfurecida.

Junto á ellos se habian agrupado algunos guardias franceses, cuyo uniforme, que se habia hecho mas popular hacia tres dias, era un objeto de veneracion para el pueblo.

Mr. de Launay se habia libertado de los golpes, protegido por sus generosos defensores, pero no así de sus amenazas.

En la esquina de la calle de Jouy, de los cinco guardias franceses que se habian unido á la multitud cuando salió de la Bastilla, ya no iba ninguno en aquel grupo. Uno despues de otro habian sido levantados en hombros de la entusiasmada multitud, y Gilberto los habia visto desaparecer al poco tiempo.

Desde entónces conoció que la victoria iba á ser sangrienta; quiso bajarse de la tabla que le servia de pavés, pero no pudo lograrlo porque le retenian allí brazos de hierro.

Hizo, pues, una seña á Billot y á Pitou, para que acudiesen en defensa del gobernador, y los dos, obediéndole en seguida, hicieron esfuerzos inauditos para surcar aquellas olas embravecidas, hasta llegar á su lado.

En efecto, hacia falta su ayuda. Chollat, que no se habia desayunado desde el dia anterior, se habia sentido sin fuerzas de repente y cayó al suelo desmayado; á duras penas pudieron levantarle para que no fuese pisoteado por la multitud.

Valiéndose de este incidente, un hombre asestó la culata de su fusil contra la cabeza descubierta del gobernador, y descargó un terrible culatazo.

Pero Lepine observó el movimiento y tuvo tiempo para interponerse con los brazos abiertos entre el fusil y el gobernador, y recibió el culatazo en la frente.

Aturdido por el golpe y cegado por la sangre que le

caía del cráneo, se llevó al rostro las manos, se limpió dando traspies, y cuando pudo mirar hácia adelante, estaba ya á veinte pasos de distancia el gobernador.

En este momento fué cuando llegó Billot trayendo á Pitou á remolque.

Vió que el gobernador llevaba la cabeza descubierta, y que por esto principalmente le conocia mas la multitud.

Se quitó el sombrero, alargó el brazo y se le puso en la cabeza al gobernador.

Launay se volvió á ver quien era el que le daba esa muestra de compasion, y conoció á Billot.

— Gracias, le dijo; pero por mas que hagais no lo-grareis salvarme la vida.

— Lleguemos al Hotel de Ville, interrumpió Hullin, y yo salgo responsable de todo.

— Sí, dijo Launay; si llegaremos....

— Si Dios quiere; y si no, llegaremos hasta donde podamos, dijo Hullin.

Ya desembocaban en la plaza del Hotel de Ville, pero la plaza estaba llena de gente que agitaba en sus brazos sables y picas.

El rumor que corria de calle en calle, les habia anunciado que traian al gobernador y al mayor de la Bastilla, y estaban aguardando como una inmensa trailla de perros con la nariz al viento, rechinando los dientes.

Apenas vieron asomar el grupo se precipitaron furiosos hácia él.

Hullin conoció que aquel era el mayor peligro y la última lucha; si llegaban á la escalera del Hotel de Ville, la vida del gobernador estaba ya en salvo.

— Vamos, Elias, vamos Maillard; vamos todos los que tengan corazon, gritó; este es caso de honra para todos.

Elias y Maillard oyeron estas palabras; abrieron paso entre la multitud; les dejaron pasar, pero volvió á cerrarse el grupo dejándolos fuera.

La multitud hizo un esfuerzo furioso. Como una serpiente gigantesca enroscó sus anillos en derredor del

grupo. Billot fué levantado en alto y arrastrado á su pesar: Pitou, ni mas ni menos que Billot, se dejó arrastrar del mismo torbellino.

Hullin dirigió una mirada hácia la escalera del Hotel de Ville, y se cayó al suelo impelido por la multitud. Volvió á levantarse, para volver á caer al suelo seguido de Launay, que tambien cayó.

El gobernador hasta el último momento se mantuvo sereno, y no pronunció una sola queja ni pidió perdon; gritaba solo con voz entrecortada:

— A lo menos, tigres, no me hagais padecer; matadme en este mismo instante.

Jamás se ejecutó orden alguna con mas puntualidad que esta súplica; en un instante cayeron sobre Launay multitud de brazos armados. Durante aquel momento no se vieron allí sino cabezas amenazadoras, manos crispadas y armas sacudidas; despues asomó una cabeza separada del tronco y se elevó en los aires chorreando sangre, clavada en la punta de una lanza; tenia una sonrisa lívida y despreciativa.

Esta fué la primera.

Gilberto contempló aquel espectáculo y habia querido lanzarse á prestar socorro al gobernador, pero le detuvieron doscientos brazos á un tiempo.

Se volvió de espaldas y lanzó un agudo suspiro.

La cabeza de Launay, con los ojos abiertos, se elevó precisamente delante del balcon en que estaba asomado Flesselles, rodeado y protegido por los electores; parecia que le saludaba con su última mirada.

Difícil hubiera sido decir quien estaba mas pálido, si el vivo ó el muerto.

De repente se oyó un inmenso clamor en el sitio donde yacia separado de su cabeza el tronco de Launay. Le habian registrado, y en el bolsillo encontraron la carta que le habia escrito Mr. de Flessell's.

La carta, como ya hemos dicho, estaba concebida en estos terminos:

« Manteneos firme; yo entretendré á los parisienses con

escarapelas y promesas. Antes de anochecer Mr. de Benzenval os enviará refuerzo. »

« Flesselles. »

Una terrible blasfemia subió desde la calle hasta el balcón-ventana del Hotel de Ville en que estaba asomado Flesselles.

Sin adivinar la causa, comprendió la amenaza y se retiró del balcón. Pero ya le habían visto, y sabían que estaba allí.

La multitud se precipitó por la escalera arriba, con un movimiento tan general, que hasta los que conducían al doctor Gilberto, le dejaron solo para seguir aquella alta marea que subía impelida por el sople de la cólera.

Gilberto quiso también entrar en el Hotel de Ville, mas no para amenazar, sino para defender á Flesselles.

Ya había subido los tres ó cuatro primeros escalones, cuando sintió que le tiraban del vestido violentamente por detrás. Se volvió precipitadamente, y vió que eran Billot y Pitou.

— ¡Oh! prorumpió el doctor Gilberto, que desde el sitio en que se hallaba divisaba toda la plaza; ¿qué es lo que sucede allí?

Y señaló con su mano crispada hacia la calle de la Tixeranderie.

— Venid, señor doctor, venid; dijeron á un mismo tiempo Billot y Pitou.

— ¡Oh! ¡asesinos! exclamó el doctor; ¡asesinos!

En aquel instante Mr. de Losme cayó á tierra herido de un hachazo; el pueblo colérico confundía con el gobernador egoísta y bárbaro que había atormentado á los desventurados prisioneros, al hombre generoso que les había servido de apoyo en la prisión.

— ¡Oh! ¡sí, sí vámonos, porque ya es vergonzoso pensar que hemos sido libertados por semejantes hombres.

— Señor doctor, dijo Billot: no son esos los que han lidiado en la Bastilla; esa es otra clase de gente.

En el mismo momento en que el doctor Gilberto bajaba

los escalones que antes había subido para ir á socorrer á Flesselles, la multitud retrocedió hacia la puerta. Un hombre iba arrastrado en aquel torrente.

— ¡Al palacio real! ¡Al palacio real! gritaba la multitud.

— Sí, amigos míos; si mis buenos amigos: al palacio real; repetía aquel hombre.

Pero era arrastrado hacia el río, como si la multitud hubiera querido conducirlo, no al palacio real, sino al Sena.

— ¡Oh! ¡le van á ahogar! exclamó el doctor Gilberto; procuremos salvarle al menos.

Pero no había acabado aun de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un pistoletazo y Flesselles desapareció entre el humo de la pólvora.

Gilberto se tapó los ojos con las manos en un movimiento de sublime cólera; maldijo al pueblo, que siendo tan grande, manchó su victoria con tres asesinatos.

Y después, cuando se quitó las manos de los ojos, vió tres cabezas clavadas en las puntas de tres picas.

La primera era la de Flesselles, la segunda la de Losme, y la tercera la de Launay.

La una se elevaba en las gradas del Hotel de Ville, la otra en medio de la calle de la Tixeranderie, y la otra en la calle de Pelletier.

Por la posición que ocupaban, formaban un triángulo.

— ¡Oh! ¡Balsamo! exclamó el doctor dando un suspiro; ¿es con un triángulo semejante como se simboliza la libertad?

Y desapareció por la calle de la Vannerie, seguido de Billot y Pitou.

CAPITULO XX

Sebastián Gilberto.

En la esquina de la calle de Planché-Mibray se había parado un coche de alquiler en el que subió el doctor, Billot y Pitou subieron también y se sentaron á su lado.

— ¡Al colegio de Luis el Grande! dijo Gilberto al co-